

La traducción del libro en lengua castellana, es poner al alcance de todos su importante contenido. Con mucha razón nos decía a varios profesores del Colegio Monseñor Carrasquilla cuando le hablamos del libro: «Tenía que ser excelente cuando Monseñor Cortés, con su inmenso talento lo consideró digno de ser traducido, y cuando él mismo, tan sobrecargado de ocupaciones graves, se puso a traducirlo.»

Junio de 1916.

J. RESTREPO-HERNANDEZ

CENTENARIO DE LOS MARTIRES DE LA PATRIA

La capital de la República ha conmemorado dignamente el centenario de los mártires de la Patria, a moción de la Academia Nacional de Historia.

Verificóse, el 18 de junio, una peregrinación cívica a que concurrieron todas las autoridades de la Nación, encabezadas por el Excelentísimo señor Presidente de Colombia, el clero, el ejército, las academias, facultades, escuelas y colegios, la flor de las damas bogotanas, multitud de caballeros y un concurso numeroso de pueblo. El desfile empezó en el claustro antiguo del Colegio del Rosario y terminó en la Plaza de los Mártires.

Uno de los primeros actos de don Pablo Morillo en Santafé, fue el de cerrar las lecciones del instituto de Fray Cristóbal de Torres, apoderarse del edificio y convertirlo en cárcel y capilla de los patriotas. Era el castigo impuesto al semillero de próceres, a la cuna de la República. Varios de los patriotas inmolados habían sido colegiales del Rosario, y pasaron los dolores de la prisión, las agonías de las horas postreras en el mismo recinto donde habían transcurrido para

ellos las alegrías y esperanzas de la juventud; ante la imagen de la Virgen del Rosario habían logrado la merced de ser hombres de bien y católicos fervientes; de Ella alcanzaron la gracia de morir como cristianos y como granadinos. Les habían enseñado en las aulas que el amor a la patria es precepto de ley natural y que nos obliga a todo sacrificio, inclusive el de la vida; y salieron a presentar certamen público de la lección aprendida.

La mayor parte de los mártires fue sacrificada en la Huerta de Jaime, en aquel tiempo plaza solitaria, rodeada de tapias, situada en los afueras de la ciudad, al ocaso. Los condenados a muerte recorrían la vía dolorosa siguiente, conforme a la nomenclatura de entonces: calle del Colegio del Rosario, tercera y segunda calles reales, calle de la portería de Santo Domingo, calles de San Juan de Dios, plazuela de San Victorino y calle honda. Y ese fue el propio trayecto seguido por la peregrinación cívica.

La fachada del Colegio que da vista al norte estaba engalanada con los retratos de los colegiales ilustres fusilados por los pacificadores, entre banderas nacionales y guirnaldas de follaje. El claustro abrió la marcha de la comitiva. Los colegiales de número, a la cabeza de la comunidad, conducían la corona de laurel que iban a depositar al pie del obelisco de los mártires. En la cinta tricolor se leían estas palabras, en grandes letras de oro:

*El Colegio del Rosario
a sus hijos mártires de la Patria.*

Al llegar al parque, término de la peregrinación, oímos los patrióticos y elocuentes discursos de los oradores nombrados por la Academia de la Historia: general don Carlos Cuervo Márquez y doctores don Hernando Holguín y Caro y don Fabio Lozano. Y re-

gresámos al claustro, pensando que, si nunca podremos asemejarnos ni de lejos a los colegiales de 1816, en talento, ciencia y méritos excelsos, tenemos obligación de imitarlos en la integridad de las costumbres y en el amor a la República.

ODAS DE HORACIO

Francisco Vergara Barros, doctor en filosofía y letras del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, ha venido a comprobar, de manera elocuente, con muestras que no dejan duda alguna, cuanto dijimos en otra ocasión sobre la importancia de aquella facultad y los frutos sazonados que viene dando al país desde su fundación por el doctor Rafael María Carrasquilla.

El antiguo colegial del benemérito instituto, que ocupa ahora una de las sillas de la Cámara de Representantes, quiso ofrecer a su ilustre maestro, con motivo de sus bodas de plata de Rector, como homenaje de profunda admiración, un tomo de las odas del gran poeta latino, traducidas en verso castellano.

Cuando el autor del libro compareció a optar grado de doctor en filosofía y letras, presentó como tesis un estudio sobre Horacio que llamó notablemente la atención de los admiradores y concedores del vate venusino, no sólo por el interés que supo darle a su estudio, sino por la muestra de su habilidad para traducir al compañero inseparable de Virgilio. De esa época a la actual han transcurrido cerca de veinte años, durante los cuales ni la política, ni los viajes, ni las labores campestres, han podido hacer entibiar en su corazón el culto al más perfecto de los líricos latinos. Por el contrario, ha empleado los ocios que le han dejado las arduas y obligatorias labores diarias para acrecentar sus conocimientos sobre Horacio, am-